

su amor por la forma pura y el conocimiento de la gran figura— que lo que expresó allí. Se refirió a lo circunstancial, de tan relativa importancia, que oscurece lo grave, lo profundamente luminoso, en la valorización de una individualidad excepcional. Y ya que fué ese acto de homenaje lírico y fervoroso al que fuera olvidado en vida, y si bien es cierto que una elección de tema sin belleza no le resta jerarquía intrínseca al recuerdo dejado por el poeta más aristocrático, más espiritualmente aristocrático que tuvo el Uruguay, y también América, pudo el autor de la semblanza póstuma trazarnos un croquis más original, más depurado, en una página de mayor calidad, disponiendo como dispone de una percepción fina, intensamente coloreada de la imagen y de una gran sensibilidad para captar al hombre, al arte y al artista.

En resumen: *El yesquero del fantasma* no posee esa unidad estética que parece ser la característica de toda obra bien lograda. Pero, tratándose de artículos sin articulación previa, a la manera periodística, amable, sorpresiva, ligera, deducimos que bien vale la pena detenernos con interés en esta obra densa de atisbos psicológicos, de hondura social, de cordial revaluación de seres que nos son tan queridos al recuerdo en la vida y en su muerte trazando derroteros de ética de humanidad y de arte. Y que el autor ha volcado su haber emocional como una justificación de sus amores, por lo noble, lo bello y lo humano.

EMA SANTANDREU MORALES,
Montevideo.

CIPRIANO SANTIAGO VITUREIRA, *El aire unánime* y *Océano*.—Montevideo, Ediciones A. I. A. P. E., 1943 y 1944.

Desde su residencia montevideana nos envía Cipriano Santiago Viturera la segunda edición de *El aire unánime* y, a su vez, la segunda parte de este libro, intitulada *Océano*, que acaba de ser publicada.

El aire unánime (su primera jornada) consta de diez poemas capitales, escritos en metro libre, y poseedores de un ritmo y elasticidad maestros:

Alguien, un pez, un aire,
un gas, una distancia,
ha de beber en tí como tú bebes
en los vinos añejos;

ha de llorar en ti como tú lloras
 por días más o menos:
 ha de vivir tu sueño como vives
 el cielo de la tierra que no es tuyo . . .
 Semilla, brizna, cal,
 luciérnaga, temblor . . .
 En el pavor de la serenidad,
 en el abrazo lento con que los mundos todos
 como animales se reconocerán,
 el hombre que eres tú, el hombre ágil,
 que oye venir la muerte
 como el pájaro de hoy las estaciones,
 aún tiene que cantar, aún tiene que vivir!

(“Si en un enorme esfuerzo . . .”)

Su verbo participa de un contenido de raíz universal, trascendente, afincado en una de las mejores fuentes de espiritualidad que posee América: la cultura del Uruguay. En efecto, en lo que ya lleva de transcurrido el curso de este siglo, una gran comunidad de poetas uruguayos —de altos poetas—, con los ojos muy abiertos y el corazón soterrado junto a las implacables aguas del Atlántico, ha captado y sigue captando este mensaje, esta emoción ecuménica. Julio Herrera y Reissig y Armando Vasseur pusieron la primera y candente piedra. El uno, con su barroco imperecedero, su simbolismo intachable; y el otro, con su primera gran versión de los poemas de Walt Whitman, adelantó, en tierra uruguaya, los nuevos tiempos líricos. Por ello, y por las muy remotas reminiscencias contenidas en su voz, nos parece que Vitureira no ha sido ajeno al evangelio whitmaniano:

Con todos los pedazos de la vida
 que he logrado arrancar de las barrancas,
 con el hambre, con la desolación, con la venganza,
 yo te construyo un pedestal de siglos
 ¡oh señor de la gracia y la desgracia!
 Yo te invento
 en mi doliente corazón perseguido! . . .
 Porque he visto pasar la procesión,
 la gruesa procesión que no mereces;
 porque he visto ese montón de pequeñeces
 yo te invento y te defiendo;
 yo, que puedo vivir perfectamente sin tí
 si me dejas ver una verdadera alegría en los niños
 y una verdadera serenidad en los adultos.

Yo te invento
 porque quiero denunciar ante tu soledad—
 en nombre de mi soledad,
 como el charco ante el cielo,
 el chapoteo de esta multitud
 debajo de tus relámpagos, ¡oh, Señor!

(“Tras de la procesión yo gesticulo . . .”)

El aire unánime, por su contenido humano, por su porción de ternura y alto misticismo laico, por el contenido de liberación social que se vislumbra a través de sus páginas, como una sabia luz que traspasa los entendimientos y los cuerpos, y por la eficaz maestría de su estilo, hace a Cipriano Santiago Vitureira acreedor a una cimera cátedra en el retablo de la poesía sudamericana de hoy.

En lo que concierne a la segunda parte, el cuaderno intitulado *Océano*, nuestro juicio es adverso. Creemos que el poeta, al cantar a la heroica España sacrificada, perdió todas las posibilidades de alcanzar un clima de densidad épica, redentora, al caer en un débil y vulgar aire de amistad y ternura, logradas en cuerpo presente o corporeidad póstuma. En tal virtud, *La Pasionaria*, Juan Marinello, Pablo Neruda, Rafael Alberti (en “Saludo a Rafael Alberti”), César Vallejo (que aun llegó a sugerirle este verso: “en una noche diccionaria”), y el grande y malogrado Miguel Hernández, exaltado en demasía por muchos, le llevan a un fútil hado poético.

Finalmente, períodos líricos como: “las cumbres del dolor”, “dorso de la bondad”, “la nube de tristeza”, “nube de acentos”, “desembarco del placer en la sonrisa”, “las ramas del silencio”, “colina de ternura”, etc., producen la caída casi total de su estilo. Este género de metáforas que podríamos denominar “abstracto”, es siempre en exceso peligroso, por su vulgaridad, por su facilidad que ciega al poeta y su gran endeblez lírica.

Vitureira, poseedor de sabiduría de poeta, no se merecía una derrota. Empero, ¿cuál de nosotros es infalible?

ANTONIO DE UNDURRAGA,
Santiago de Chile.

